

— Que vean si la condesa de Charny está con la reina, preguntó Luis XVI.

— Señor, respondió el ugiere; la señora condesa acaba ahora mismo de cruzar por la galería, y va á subir al coche.

— Pues anda corriendo, dijo el rey, y dile que yo la llamo para un asunto de importancia.

Y volviéndose hácia Gilberto.

— ¿Es esto lo que deseais? le dijo

— Sí, señor, respondió Gilberto; y doy mil gracias por ello á V. M.

CAPITULO XXIII

La condesa de Charny.

Gilberto, cuando oyó que el rey mandó venir á la señora de Charny, se retiró á uno de los balcones del salon.

El rey empezó á pasearse de un lado á otro, preocupado, no ya con los acontecimientos políticos, sino con la insistencia del doctor Gilberto, que ejercía sobre él una influencia estraña, cuando no debia ahora acordarse mas que de las nuevas que se habian recibido de París.

De repente se abrió la puerta del gabinete; el ugiere anunció la venida de la señora condesa de Charny, y Gilberto desde detrás de las cortinas del balcon, pudo distinguir una muger, cuyo vestido de seda pasó rozando por el escalon de la puerta.

Venia vestida al uso de la época, con un traje de seda azul con rayas de color, y un chal, que cruzándose por delante, iba atado por detrás de la cintura, realzando así extraordinariamente las gracias de su abultado y bien formado pecho.

Un sombrerillo puesto con coquetería sobre un alto peinado; elegantes chinelas, cuya elegancia hacian mas resaltar dos brillantes hebillas, y un bastoncito de Indias que se veía entre los dedos de una mano pequeña, delgada y larga, eminentemente aristocrática, completaban el traje de la persona que con tanta impaciencia aguardaba Gilberto, y que acababa de entrar en el gabinete del rey Luis XVI.

El rey dió un paso hácia ella.

— Me han dicho que ibais á salir, condesa.

— Sí, señor, le contestó la condesa. Iba ya á subir al coche, cuando me dijeron que me llamaba V. M.

Al oír su voz, sintió Gilberto en los oídos un ruido terrible. La sangre se agolpó á sus mejillas, y un estremecimiento febril corrió por todo su cuerpo.

Dió un paso involuntariamente fuera de las cortinas en que se habia ocultado.

— ¡Ella!... murmuró sin saber lo que le pasaba... ¡Ella!... ¡Andrea!...

— Señora, prosiguió el rey, que ni mas ni menos que la condesa de Charny, no habia observado la emocion de Gilberto oculto en la oscuridad; os ruego que tomeis asiento, porque teneis que responderme á una pregunta.

— Estoy pronta á satisfacer á V. M.

El rey dirigió una mirada á Gilberto como para darle á entender que permaneciese quieto.

Gilberto, comprendiendo que no era tiempo aun de presentarse, volvió á ponerse detrás de las cortinas.

— Segun tengo entendido, señora, dijo, el rey, hace unos ocho dias se mandó una orden de prision para que la firmara, á Mr. de Necker...

Gilberto, por la abertura casi imperceptible de las cortinas, fijó su mirada en Andrea. La jóven estaba pálida, inquieta y como encorvada bajo el peso de una fascinacion de que ni ella misma se daba cuenta.

— Ya sabeis de qué hablo; ¿no es verdad, condesa? pregunto Luis XVI, viendo que la señora de Charny vacilaba en dar respuesta.

— Sí, señor.

— Pues si sabeis lo que quiero decir, podeis responder á mi pregunta.

— Estoy haciendo memoria, dijo Andrea.

— Permitidme que os ayude á hacer memoria, señora condesa. La orden de prision fué á peticion vuestra y recomendada por la reina.

En vez de responder, la condesa permanecia sumida en

una especie de exaltacion febril que parecia tenerla fuerá de la vida real.

— ¿Pero, no me respondeis, señora? dijo el rey que empezaba ya á impacientarse.

— Es verdad, dijo temblando: es verdad... yo escribí la carta y S. M. la reina la recomendó.

— Si es así, decidme qué crimen ha cometido la persona con quien se tomó semejante medida.

— Señor, dijo Andrea, no puedo decir el crimen que ha cometido; pero puedo decir que es un crimen muy grande.

— ¡Oh! ¿con que no podeis decirmelo?

— De ninguna manera.

— ¿A mí el rey?

— No, señor. Perdonéme V. M.; pero me es imposible.

— Entónces se lo direis á él mismo, señora condesa, dijo el rey; porque lo que ocultais al rey Luis XVI, no se lo podreis ocultar al doctor Gilberto.

— ¡El doctor Gilberto! exclamó Andrea. ¡Gran Dios!

¿Dónde está el doctor Gilberto?

El rey se apartó á un lado para dejar ver á Gilberto, las cortinas se descorrieron de repente, y apareció el doctor tan pálido como Andrea, diciendo:

— ¡Aquí, señora!

Al ver á Gilberto, tembló la condesa, dobláronse sus rodillas, su cabeza cayó hácia atrás como si estuviera acometida de un desmayo, y hubiera caído al suelo si no se hubiera apoyado en un sillón, permaneciendo en aquella postura, inmóvil, insensible y casi sin sentido, como Eurídice cuando sintió en su corazón el veneno de la serpiente.

— Señora, dijo Gilberto inclinándose con humilde cortesía: no lleveis á mal que os repita la misma pregunta que acaba de haceros S. M.

Los labios de Andrea se movieron; pero no salió de ellos sonido alguno.

— ¿Qué es lo que yo he hecho, señora, para haber sido preso por órden vuestra?

Al oír esta pregunta, Andrea dió un salto como si hubiera sentido que se le desgarraban las telas del corazón.

En seguida, dirigiendo á Gilberto una mirada fria como la de la serpiente:

— No os conozco, señor, le dijo.

Pero miéntras pronunciaba estas palabras, Gilberto la miraba con tanta fijeza y con un relámpago en los ojos de tan invencible audacia, que la condesa bajó los suyos y se apagó su mirada bajo la influencia de la de Gilberto.

— ¿Veis, señora condesa, la dijo el rey en tono de suave reprension, á donde conduce el abuso que se hace de las firmas? No conoceis al señor, segun habeis confesado; el señor, que es un sábio médico y un hombre á quién no podeis inculpar la mas mínima falta...

Andrea levantó la cabeza con un desprecio digno de una reina.

Gilberto permaneció sereno y audaz.

— Digo, prosiguió el rey, que no pudiendo inculpar la mas mínima falta al señor Gilberto, por castigar sin duda á otra persona que acaso tenga el mismo nombre, ha recaído el castigo sobre el inocente. Eso no es bueno, condesa.

— ¡Señor!... exclamó Andrea.

— ¡Oh! interrumpió el rey, que tenia ya miedo de ponerse mal con la favorita de su esposa: ya sé que no tenéis mal corazón, y que si habeis querido castigar á alguna persona, será sin duda porque lo haya merecido; pero para en adelante, es preciso no sufrir semejantes equivocaciones.

Y volviéndose hácia Gilberto, añadió:

— ¡Cómo ha de ser, señor doctor! no es culpa de nadie, sino de los tiempos que corren. Vivimos en los tiempos de la corrupcion; pero ya prepararemos al menos un porvenir mejor á nuestra posteridad, y espero que me ayudeis en esta grande obra, doctor Gilberto; añadió.

Y calló Luis XVI, creyendo haber dicho lo bastante para dejar satisfechas á las dos partes.

¡Pobre rey!... si hubiera pronunciado semejantes pa-

labras en la Asambla nacional, no solo hubieran sido aplaudidas, sino que ademas al dia siguiente hubieran salido en los periódicos de la córte.

Pero aquel auditorio de dos enemigos, uno en frente de otro, no supo apreciar en todo su valor tan conciliadora filosofía.

— Con permiso de V. M., dijo Gilberto, rogaria á la señora condesa que repitiese lo que acaba de decir; *que no me conoce.*

— ¿Quereis? señora condesa... dijo el rey.

— No conozco al doctor Gilberto, repitió Andrea con firmeza.

— ¿Pero conoceis á algun otro hombre que se llame tambien Gilberto, cuyo delito se me haya achacado á mi?

— Sí, dijo Andrea; le conozco, y le tengo por un infame.

— No me toca á mí, señor, preguntar á la condesa; dignaos, preguntarla lo que hizo ese hombre infame.

— ¿No quereis contestar á tan justa pregunta?

— Lo que hizo, dijo Andrea, la reina lo sabe, puesto que ha autorizado con su letra la órden de prision que yo pedia.

— Pero no es suficiente, dijo el rey, que lo sepa la reina; bueno seria que lo supiese yo tambien. La reina es únicamente la reina, pero yo soy el rey de Francia.

— Bueno, señor, os obedeceré; el Gilberto que yo digo, es un hombre que hace diez y seis años cometió un crimen horroroso.

— ¿Quiere V. M. preguntar á la señora condesa, que edad tiene ese hombre?

El rey repitió la pregunta.

— De treinta á treinta y dos años; dijo Andrea.

— Señor, dijo Gilberto, si el crimen fué cometido á los diez y seis años, no fué un hombre, sino un niño el que lo cometió; y si el hombre hace diez y seis años que está llorando el crimen que cometió de niño ¿no mereceria perdon?

— ¿Pero conoceis á ese otro Gilberto? preguntó el rey.

— Sí, señor, le conozco, contestó Gilberto.

— ¿Y no ha cometido ninguna otra falta mas que esa de su juventud?

— Creo que desde que cometió, no diré esa falta, porque yo seré mas severo con él que V. M., creo que nadie ha tenido por qué reprenderle.

— A no ser por haber remojado su pluma en veneno y escrito con ella odiosos libelos, añadió Andrea.

— Preguntad á la señora condesa, dijo Gilberto al rey, si la verdadera causa que habia para ponerle preso, no fué el proporcionar mejor ocasion para que sus enemigos, ó mejor dicho, su enemiga, se apoderase de una caja en que estaban guardados ciertos papeles que podrian comprometer á una gran dama de la córte.

Andrea se estremeció al oír esto

— ¡Señor!... exclamó con voz apagada.

— ¿Qué caja es esa? la preguntó el rey, á quien no pudo ocultarse el temblor y la palidez de la condesa.

— ¡Oh, señora! exclamó Gilberto, conociendo que dominaba la situacion; no mas rodeos ni subterfugios; yo soy el Gilberto que cometió aquel crimen; yo el que ha compuesto esos libelos; yo el dueño de esa caja que ha sido sustraída. Y vos, señora, sois la gran dama de la córte. Yo nombro al rey por juez; aceptadle vos tambien, y vamos á decir aquí, ahora mismo, delante del juez, delante del rey y delante de Dios, todo lo que ha pasado entre nosotros. El rey nos juzgará en esta vida hasta que Dios nos juzgue en la otra.

— Decid vos cuanto querais, dijo la condesa; yo nada puedo decir, porque no os conozco ni sé quién sois.

— ¿Ni tampoco sabeis qué caja es esa á que me refiero?

La condesa cerró las manos con un movimiento convulsivo, y se mordió hasta hacerse sangre en sus descoloridos labios.

— No, dijo: ni vos tampoco.

Pero la violencia que hizo para pronunciar estas palabras fué tal, que vaciló sobre las plantas de los pies, como una estatua en su base en un temblor de tierra.

— Señora, dijo Gilberto; no se debe haberos olvidado que yo soy el discípulo de uno que se llamaba José Balsamo; la influencia que ejercía sobre vos me la ha transmitido; por última vez os lo digo; ¿quereis responder á la pregunta que os dirijo? ¿dónde está la caja?

— No sé; dijo la condesa con una turbacion inexplicable, é intentó salir de la habitacion.

— Pues entónces, dijo Gilberto poniéndose pálido y levantando su brazo en señal amenazadora, naturaleza de acero, corazon de diamante, doblégate á mi irresistible voluntad... ¿No quieress decirlo, Andrea?

— No, no, gritó la condesa fuera de sí; socorredme, señor, socorredme.

— Lo dirás á la fuerza, dijo Gilberto; y nadie, aunque sea el rey, aunque fuera el mismo Dios, podrá libertarte ahora de mi poder. Hablarás y descubrirás tu corazon al augusto testigo de esta solemne escena, y lo que hay de mas escondido en los pliegues de la conciencia, lo que solo Dios puede leer en las profundas tinieblas del alma, ahora vais á oírlo vos, señor, de los labios de esa misma muger que se niega á revelarlo. ¡Dormid, señora condesa de Charny! ¡Dormid y responded á lo que os pregunto! Yo lo quiero así.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando la condesa se quedó cortada á la mitad de un grito que dió, estendió los brazos, y buscando un cuerpo en que sostenerse para no venir á tierra, cayó entre los brazos del rey, que pálido y tembloroso la hizo sentar en un sillón inmediato.

— ¡Oh! exclamó el rey Luis XVI; he oido hablar de eso, pero hasta ahora no he visto cosa parecida. ¿No es un sueño magnético en el que acaba de caer? decid, señor doctor.

— Sí, señor; tomad de la mano á la señora condesa, y preguntadla por qué razon ha hecho que me pongan preso; dijo Gilberto como si á él solo le perteneciera el derecho del mandato.

Luis XVI, extraordinariamente asombrado de esta es

cena maravillosa, dió dos pasos hácia atrás para cerciorarse de que no estaba él tambien dormido, y de que no era un sueño lo que estaba pasando en su presencia; pero despues, curioso como un matemático que quiere sacar una solucion nueva, se aproximó á la condesa y la cogió de la mano.

— Vamos, condesa, la dijo; ¿por qué habeis hecho que pongan preso al doctor Gilberto?

Pero aunque estaba completamente dormida, la condesa hizo un esfuerzo mayor que antes, retiró su mano de entre las manos del rey, y llamando en su ayuda todas las fuerzas de su espíritu,

— No, dijo; no diré una sola palabra.

El rey miró á Gilberto, como preguntándole, quién vencería, si él ó Andrea.

Gilberto se sonrió.

— ¿Con que no quereis decir una sola palabra? la preguntó.

Y con los ojos fijos en la dormida Andrea, dió un paso hácia el sillón.

Andrea se estremeció de pies á cabeza.

— ¿Con que no quereis decir una sola palabra? repitió dando otro paso y acercándose mas á la condesa.

Andrea estiró todo su cuerpo con una espantosa reaccion.

— ¡Ah! ¿no quereis decir una sola palabra? volvió á repetir dando el tercer paso, poniéndose á su lado y colocando su mano sobre la cabeza de Andrea ¡Ah! ¿no quereis decir una sola palabra?

Andrea se retorció como una serpiente en violentas convulsiones.

— Cuidado, exclamó Luis XVI; cuidado no vayais á matarla.

— No tengais miedo, señor; solo con el alma tiene que ver el poder que ahora estoy ejerciendo; el alma lucha, pero el alma cederá.

Y en seguida, bajando la mano,

— Hablad, la dijo.

Andrea estendió los brazos, y ejecutó un movimiento para respirar, como si estuviera bajo la presión de una máquina neumática.

— Habla, repitió Gilberto bajando mas la mano.

Todos los músculos de la joven parecían que iban á saltar. Una blanca espuma apareció sobre sus labios, y un amago de epilepsia la hizo conmoverse desde la cabeza á los pies.

— Por Dios, doctor; dijo el rey.

Pero Gilberto, sin cuidarse de nada, inclinó mas el brazo, y tocándola la cabeza con la palma de la mano,

— Habla, repitió por tercera vez. Yo lo quiero.

Andrea, al sentir el contacto de aquella mano, lanzó un suspiro, y dejó caer sus brazos á ambos lados; su cabeza, que estaba tendida hácia atrás, cayó hácia adelante, apoyándose sobre su pecho, y un rio de lágrimas empezó á brotar de sus dos ojos cerrados.

— ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... murmuró en voz baja.

— Invoca á Dios si quieres; el que obra en nombre de Dios no tiene por qué temer á Dios.

— ¡Oh, dijo la condesa, os aborrezco!

— Aborrécame si quieres, pero habla.

— Señor, señor, gritó Andrea; ¡qué me quema! ¡qué me devora! ¡qué me mata!

— Habla, repitió Gilberto.

E hizo seña al rey, de que podía ya preguntarla

— Con que decid, condesa, preguntó el rey; ¿era el doctor á quien queriais poner preso, y lo conseguisteis en efecto?

— Sí.

— ¿Y no fué equivocacion?

— No.

— ¿Y la caja? preguntó el rey

— La caja... murmuró con voz sorda la condesa, pues qué ¿habia yo de dejarla en poder suyo?

— Gilberto y el rey cambiaron una mirada de inteligencia.

— ¿Y la tenéis ya en vuestro poder?

— Sí.

— ¡Oh! oh! ¿pero cómo ha venido á vuestro poder?

— Supe que Gilberto volvía á Francia, despues de estar diez y seis años ausente, para fijar su residencia.

— Pero la caja... volvió á preguntar el rey.

— Llegué á entender por el comisario de policía. Mr. de Crosne, que habia comprado algunas haciendas en las cercanías de Villers-Cotterets; y que el que tenia arrendadas estas haciendas era un hombre que merecia toda su confianza, y no tenia duda de que la caja estaba en su poder.

— ¿Pero cómo lo averiguásteis?

— Pasé á ver á Mesmer. Hice que me magnetizara y yo misma la ví.

— ¿En qué parage se encontraba?

— En un cajon de un armario grande, oculta debajo de la ropa.

— ¡Es cosa maravillosa! dijo el rey. ¿Y qué mas?...

— Volví á casa de Mr. de Crosne, que por recomendacion de la reina puso á mi disposicion uno de sus agentes.

— ¿Cómo se llama ese agente? preguntó Gilberto.

Andrea se estremeció como si hubiera sentido la impresion de un hierro candente.

— Digo que cómo se llama ese agente, repitió Gilberto.

— Andrea se resistia á responder.

— ¿Cómo se llama?... yo lo quiero saber, dijo el doctor.

— *Pies de Lobo*, dijo la condesa.

— ¿Y qué mas?... pregunto el rey.

— Y ayer por la mañana, ese agente se apoderó de la caja... y nada mas.

— No, no; aun falta otra cosa, dijo Gilberto; el rey quiere saber dónde para esa caja.

— ¡Oh! exclamó el rey; eso ya es demasia lo preguntar.

— No, señor...

— Pero por medio de *Pies de Lobo* ó de M. de Crosne podremos llegar á saberlo...

— Mejor y mas pronto nos lo dirá la señora condesa...

Andrea cerró sus labios y rechinó sus dientes, con un movimiento convulsivo que tenia sin duda por objeto impedir que saliesen las palabras de sus labios contra su voluntad.

El rey hizo notar al doctor esta convulsion nerviosa.

Gilberto se sonrió.

Tocó con el dedo índice y el pulgar de su mano derecha el rostro de Andrea, cuyos músculos se estiraron horriblemente.

— Señora condesa, decid al rey si esa caja pertenece al doctor Gilberto.

— ¡Sí, sí!... es suya, dijo la magnetizada con voz rabiosa.

— ¿Y dónde está esa caja? preguntó el doctor. Responded, daos prisa, que el rey no puede aguardar.

Andrea dudó un momento y dijo:

— La tiene *Pies de Lobo*.

Gilberto observó su duda, imperceptible como era.

— Mientes, gritó, ó por mejor decir, quieres mentir. ¿Dónde está la caja? Yo quiero saberlo.

— En mi casa, aqui en Versalles, dijo Andrea derramando un torrente de lágrimas y con un temblor nervioso que conmovia todo su cuerpo. En mi casa, donde *Pies de Lobo* me está aguardando, como convinimos ayer á las once.

Sonaron las dos de la noche.

— ¿Y está allí todavía?

— Sí.

— ¿En qué habitacion está ahora?

— Le han hecho entrar á la sala.

— ¿Qué lugar ocupa ahora en la sala?

— Está en pie, apoyado en la chimenea.

— ¿Y la cajita dónde está?

— En una mesa que hay delante de él. ¡Oh!

— ¿Qué pasa?...

— Daos prisa á hacerle salir... Mi esposo, que no debia volver hasta mañana, va á volver esta misma noche...

á causa de las noticias recibidas de París... Le estoy viendo... Está ya en Sevres... ¡Que se vaya *Pies de Lobo*! ¡que salga! no le encuentre en casa Mr. de Charny...

— Ya oye V. M. ¿Dónde vive aquí, en Versalles, Mr. de Charny?

— En la calle de la Reina.

— Señor, ya lo ha oido V. M. La caja es mia. ¿Ordena el rey que se me devuelva?

— Inmediatamente, señor Gilberto.

Y el rey, despues de poner delante de la condesa de Charny un biombo que impedía que la vieran, llamo al gentil hombre de servicio y le dió una orden en secreto.

CAPITULO XXIV

Filosofia real.

¡Estraña preocupacion de un rey cuyo trono estaban minando sus mismos vasallos! ¡Estraña curiosidad de sabio aplicada á un fenómeno fisico, cuando se estaba desenvolviendo en toda su gravedad el mas importante de los fenómenos políticos que se han visto nunca en Francia; esto es, la trasformacion de una monarquía en democracia! Espectáculo estraño, decimos, el de un rey que se olvida de sí propio en lo mas recio de la tempestad; espectáculo que sin duda hubiera hecho reir de lástima, si lo hubieran visto, á los elevados talentos de la época que entreveian ya la solucion del problema.

Mientras la tormenta rugia por fuera, Luis XVI, olvidándose de los terribles sucesos acaecidos en París, de la toma de la Bastilla, de los asesinatos de Flesselles, de Launay y de Losme, de la Asamblea nacional dispuesta á rebelarse contra su rey, Luis XVI aplicaba toda su curiosidad á una especulacion de todo punto privada, y la revelacion de aquel fenómeno desconocido le absorbía mas que los profundos intereses de su gobierno.

Así fué que, no bien dió la orden que acabamos de in-

dicar á su capitán de guardia, volvió á donde estaba Gilberto, quien alejando de la condesa el escedente del fluido que la tenia en aquel estado, la habia hecho caer en un sueño tranquilo, en vez de aquel sonambulismo convulsivo.

Á los pocos instantes la respiración de la condesa era ya tranquila y regular como la de un niño. Entonces Gilberto, haciendo solamente una seña con la mano, la volvió á abrir los ojos y la dejó en éxtasis.

Así pudo verse en todo su esplendor la maravillosa hermosura de Andrea. La sangre que habia refluído á su rostro, y que momentáneamente habia coloreado sus mejillas, descendió á su corazón, que empezó á latir con mas regularidad; su rostro se habia quedado pálido, pero con esa bella palidez de las mugeres de Oriente; sus ojos, abiertos un poco mas de lo ordinario, estaban levantados hácia el cielo, y sus pupilas nadaban en el blanco nacarado de sus ojos; su nariz, un poco dilatada, parecia respirar una atmósfera mas pura; y en fin, sus labios entreabiertos que habian conservado su carmin, aunque le habian perdido sus mejillas, dejaban ver dos hileras de perlas, cuya suave humedad realzaba su esmalte. Su cabeza estaba ligeramente inclinada hácia atrás, con una gracia inesplicable y casi angelical.

El rey se quedó absorto contemplándola, y Gilberto volvió la cabeza, acompañando á su movimiento un suspiro; no pudo resistir al deseo de dar á Andrea aquel grado de hermosura sobrehumana; y ahora, como Pigmalion, mas desgraciado aun que Pigmalion, porque conocia la insensibilidad de aquella hermosa estatua, se asombraba de su propia obra...

Hizo una seña, sin volver la cabeza, y Andrea cerró al punto los ojos.

El rey quiso que le explicara Gilberto aquel estado maravilloso del alma, que se separa del cuerpo, y libre, dichosa y divina, se remonta por cima de las miserias humanas.

Gilberto, como todos los hombres verdaderamente su-

periores, sabia pronunciar estas tres palabras, que tanto repugnan á las medianías:

Yo no sé.

Confesó al rey su ignorancia, porque ponía en práctica un fenómeno que no podia explicar. El hecho existía, pero no así la explicación del hecho.

— Doctor, dijo el rey, este es sin duda uno de los secretos que guarda la naturaleza para los sábios de las generaciones venideras, y que ha de ser profundizado como tantos otros misterios que se creían inexplicables. Nosotros los llamamos misterios; nuestros antepasados los hubieran llamado sortilegios ó brujerías.

— Si señor, contestó Gilberto sonriéndose; y si yo hubiera vivido entonces, hubiera tenido el honor de ser quemado en la plaza pública para mayor gloria de una religión, que no se comprendía ni se podia comprender por sábios sin ciencia y sacerdotes sin fé.

— ¿Y con quién habeis estudiado esa ciencia? preguntó el rey; ¿con Mesmer?

— ¡Oh, señor! dijo Gilberto sonriéndose; diez años antes que el nombre de Mesmer se oyese en Francia, ya habia visto yo los mas raros fenómenos de la ciencia.

— Y decidme, ¿ese Mesmer que ha hecho tanto ruido en todo Paris, os parece que es un mero charlatan, sí ó no? He oido contar sus experimentos y los de Deslon y Puysegur. Ya sabeis lo que se dice de ellos, sea verdad ó sea mentira.

— Si señor, lo sé.

— ¿Y cuál es vuestra opinion acerca de eso?

— Perdóneme V. M. si á todo lo que pregunte sobre el arte magnético, le contesto con la duda. Todavía no es un arte el magnetismo.

— ¡Ah!

— No es mas que una influencia, pero influencia terrible, puesto que anonada el libre albedrío, aísla el alma de la materia, y pone el cuerpo del somnábulo al arbitrio del magnetizador, sin que el magnetizado tenga poder ni aun voluntad para oponerse. Yo, señor, he visto estra-

ños fenómenos. Algunos he puesto yo mismo en práctica... y... todavía dudo.

— ¡Cómo! ¿dudais? ¡poneis en práctica milagros y lo dudais todavía!

— No... no dudo, no dudo. En este instante, ahí está la prueba de una influencia desconocida y de que no se puede dar razón. Pero cuando esa prueba no exista delante de mis ojos, cuando me quede á solas conmigo mismo en frente de mi biblioteca, teniendo á mi vista cuanto ha dejado escrito la ciencia humana hace tres mil años; cuando la ciencia me dice ¡no! cuando el espíritu me dice! no! cuando la razón me dice ¡no! yo dudo.

— ¿Y dudaba también vuestro maestro? preguntó el rey.

— ¡Quién sabe! era menos franco que yo y no lo decía,

— ¿Quién fué vuestro maestro? ¿Deslon?... ¿Puysegur?

— No señor, no. Mi maestro fué un hombre muy superior á todos los que habeis nombrado. Yo le he visto hacer, en materia de heridas especialmente, cosas maravillosas: ninguna ciencia le era desconocida. Estaba profundamente versado en las teorías egipcias. Había penetrado en los arcanos de la antigua civilización asiria. Era un sabio profundo, un gran filósofo que unía á la experiencia de la vida la perseverancia de la voluntad.

— ¿Le he conocido por ventura? preguntó el rey.

Gilberto guardó silencio un instante.

— ¿Os pregunto si le he conocido?

— Sí, señor.

— ¿Cómo se llamaba?

— Señor, dijo Gilberto, pronunciar su nombre en presencia de V. M. sería esponerme á causaros disgusto. Y ahora que la mayor parte de los franceses se burlan de la magestad real, no quisiera yo faltar al respeto que todos debemos á S. M.

— Decid cómo se llama, doctor Gilberto, y estad persuadido de que yo también tengo mi filosofía para reirme de todos los insultos que me hacen, y de todas las amenazas que puedan hacerme para en adelante.

Gilberto callaba todavía.

El rey se acercó á él.

— Vamos, le dijo; decidme quién es, aunque sea el mismo Satanás, porque yo tengo un escudo contra Satanás que no tienen los dogmatizadores ni tendrán jamás, y que quizás yo solo soy el que lo poseo, y sin que me dé vergüenza: ¡la religión!

— Es verdad, contestó Gilberto: V. M. tiene tanta fé como San Luis.

— Y en eso consiste toda mi fuerza, lo confieso; yo amo á la ciencia y me gustan los resultados del materialismo; soy matemático, ya lo sabeis; un total de una suma, una fórmula algebraica me llena de alegría; pero contra aquellos que llevan el álgebra hasta el ateismo, reservo mi fé profunda, inagotable, eterna; esa fé que me hace superior á ellos é inferior al mismo tiempo; superior para el bien é inferior para el mal. Ya véis, doctor, que soy un hombre á quien puede decirse todo, y un rey que puede oirlo.

— Señor, dijo Gilberto con cierto aire de admiración; doy gracias á V. M. por lo que ha dicho en este momento: es casi una confidencia de amigo con que me habeis honrado.

— ¡Oh! yo quisiera, se apresuró á decir el tímido Luis XVI; yo quisiera que toda la Europa me oyese hablar de esta manera. Si los franceses pudiesen ver en mi corazón toda la fuerza y toda la ternura que encierra, creo que me obedecerian con mas gusto.

Gilberto dijo ya sin cuidado de ninguna especie:

— Puesto que lo quereis saber, señor, mi maestro fué el conde de Cagliostro.

— ¡Oh! exclamo Luis sonrojándose, ¡ese empírico!...

— ¡Esc empírico!... sí señor, dijo Gilberto. V. M. no ignora que la palabra que acaba de pronunciar es una de las mas nobles de que se sirve la ciencia, *empírico* quiere decir *hombre que ensaya*. Ensayar para un pensador, para un práctico, para cualquier hombre en fin, es hacer todo lo mas bello y grande que Dios ha permitido á los mor-

tales. Ensaye el hombre toda su vida y cumplirá el mayor de los deberes.

— ¡Ah! señor; ese Cagliostro á quien estais defendiendo, dijo Luis XVI, era un temible enemigo de los reyes.

Gilberto se acordó del *Collar de la Reina*.

— Será mas bien de las reinas, lo que V. M. quiere significar.

El rey se estremeció al escuchar estas palabras.

— Sí, dijo; observó con Luis de Rohan una conducta mas que equívoca.

— Señor, entónces, como siempre, Cagliostro cumplió con un deber humano; *ensayó* y nada mas. En ciencias, en moral, en política, no hay nada bueno ni malo; no hay mas que fenómenos experimentados, hechos cumplidos. Nada mas, señor. Lo repito; el hombre puede merecer muchas veces ser censurado; acaso un día esta misma censura será un elogio. La posteridad vuelve á examinar siempre los juicios de los hombres. Pero en fin, yo he tenido por maestro á un hombre, señor: mi maestro ha sido el filósofo, el sábio.

— Bueno, bueno, dijo el rey picado en su razón y en su corazón; nos hemos olvidado de la señora condesa, y quizá esté sufriendo la pobre.

— Voy á despertarla, señor, si así lo quiere V. M.; pero yo quisiera que la caja llegase aquí antes de que se despertase.

— ¿Por qué?

— Para que no pase un mal rato.

— Precisamente, aqui vienen ya, dijo el rey. Aguardad un momento.

Con efecto, la órden habia sido ejecutada puntualmente; la caja hallada en casa de la condesa de Charny, en manos del agente *Pies de Lobo*, estaba ya en el gabinete real, delante de los ojos de la misma condesa que no la veía.

El rey hizo una señal satisfactoria al oficial que traía la caja: el oficial se ausentó.

— ¿Es esta? dijo Luis XVI.

— Esta es, señor; esta es la caja que me ha sido robada.

— Abridla, dijo el rey.

— Lo haré si V. M. lo quiere así. Pero debo decir antes una cosa á V. M.

— ¿Qué?

— Como he dicho ya á V. M., dentro de esta caja hay solamente papelés muy fáciles de leer, y de los que depende el honor de una muger.

— ¿Y esa muger es la condesa?

— Sí, señor; pero su honor no padecerá lo mas mínimo aunque lo sepa V. M. Abridla, señor, dijo Gilberto presentando la llave al rey.

— Llevaos esa caja, replicó con frialdad el rey; lleváosla, es vuestra.

— Gracias, señor; ¿despertamos á la condesa?

— ¡Oh! no la despertéis aquí. Quiero evitarla la sorpresa y el dolor que sentiria.

— Señor, dijo Gilberto, la señora condesa no despertará hasta tanto que la lleven adonde V. M. quiera.

— Bueno; entónces que la lleven al cuarto de la reina.

El rey tiró del cordón de una campanilla. El oficial entró.

— Señor capitán, le dijo la señora condesa acaba de desmayarse al saber las noticias de Paris. Haced que la conduzcan á la habitacion de la reina.

— ¿Cuanto tiempo es necesario para llevarla? preguntó Gilberto al rey.

— Unos diez minutos, respondió este.

Gilberto estendió la mano hácia la condesa.

— Quiero que os despertéis dentro de un cuarto de hora, la dijo.

Entraron dos soldados por órden del oficial, y la sacaron en un sillón.

— Ahora, señor Gilberto, ¿deseais alguna cosa? preguntó el rey.

— Desearia que me hicieseis un favor, que me procuraria la ocasion de poder ser útil á V. M.

— Explicaos, dijo el rey.

— Quisiera ser médico de cámara, contestó Gilberto; á nadie hago perjuicio con esto; es un empleo meramente de honor y de confianza, no de brillantez.

— Concedido, dijo el rey. Adios, señor Gilberto. ¡ Ah! una cosa: expresiones á Mr. Necker. Adios.

Y despues al salir Gilberto;

— ¡ Que me traigan de cenar! dijo en alta voz Luis XVI, á quien ningun suceso del mundo podia hacerle olvidar la cena.

CAPITULO XXV

La cámara de la reina.

Mientras que el rey aprendia de la manera que dejamos dicha á combatir la revolucion siguiendo un curso de ciencias ocultas, la reina, que profesaba otra filosofia mucho mas sólida y profunda, habia reunido en su espaciosa cámara á cuantos se llamaban *sus leales*, sin duda porque aun no habia llegado para ninguno de ellos el momento de demostrar su lealtad, ni siquiera el de ponerla á prueba.

Tambien en aquella régia habitacion se habia referido ya la terrible jornada con todos sus pormenores.

Antes que su mismo esposo, habia sabido la reina todo lo que sucedia, porque la fama de su intrépido carácter, disipó desde luego cualquier recelo en prevenirla de los peligros que la rodeaban.

El acompañamiento de S. M. se componia de generales, cortesanos, sacerdotes y mugeres.

Junto á las puertas de la habitacion, y detrás de los tapices que las cubrían, se agrupaban algunos oficiales jóvenes, cuyo belicoso ardor no veia en las recientes revueltas mas que una ocasion, largo tiempo esperada, de lucir la fuerza de sus armas, delante de la belleza, como en los antiguos torneos.

Familiares ó servidores fieles de la monarquía, habian escuchado todos con atencion las noticias de París, transmitidas por Mr. de Lambesc, quien despues de figurar en

aquellos acontecimientos, habia acudido á Versailles con su regimiento, cubierto todavia con el polvo de las Tullerías, á fin de consolar con la realidad á las gentes medrosas que se exageraban su desgracia, como si de suyo no fuera bastante grande.

La reina estaba sentada junto á una mesa.

No era ya Maria Antonieta la dulce y gallarda desposada, el angel protector de la Francia, á quien vimos aparecerse en los comienzos de esta historia, atravesando las fronteras del Norte con un ramo de oliva en la mano. No era tampoco la princesa linda y donosa, que acompañada de Mad. de Lamballe pasó una noche ante nuestros ojos para entrar en la misteriosa morada de Mesmer, y sentarse con la risa en los labios y la incredulidad en la mente, junto á la cubeta simbólica que habia de proporcionarla una revelacion de lo futuro.

¡ No! era la altiva y resuelta soberana, de arrugado entrecejo y desdeñosos labios; era la muger de cuyo corazon se habia escapado ya gran parte de su amor, recibiendo á cambio de este suave y vivifico sentimiento, las primeras gotas de una hiel que habia de correr revuelta con su sangre.

Era, en fin, la dama representada en el tercer retrato de Versailles: no ya Maria Antonieta, ni siquiera la reina de Francia, sino aquella que se empezaba á designar exclusivamente con el nombre de *la Austriaca*.

Tras ella, se divisaba apenas entre las sombras á una jóven que yacia inmóvil, recostada en los almohadones de un sofá, con la mano sobre la frente.

Era madama de Polignac.

Viendo entrar á Mr. de Lambesc, habia hecho la reina uno de esos ademanes de desesperado júbilo que significan:

— ¡ Por fin, vamos á saberlo todo!

Inclinóse el recién llegado, como implorando la real tolerancia en favor de sus deslustradas botas, su empolvado traje y su maltratado sable, que no habia podido entrar completamente en la vaina.